

Reflexiones desde la Cumbre Social del G20 2024

Rocío Garré Travadelo, Sur Futuro (Argentina)

Emilia Pereyra, CINVE (Uruguay)

Iahel Rocca, CINVE (Uruguay)

Entre el 14 y el 16 de noviembre de 2024 participamos en la Cumbre Social del G20 en Río de Janeiro, una instancia inédita que reunió a organizaciones de todo el mundo para dialogar sobre las principales problemáticas globales. La presidencia de Brasil, con foco en el desarrollo sostenible, la inclusión social y la cooperación internacional, abrió una agenda ambiciosa que dialoga de forma directa con el desafío de reducción de las desigualdades, las transiciones que atraviesan el mundo del trabajo y la búsqueda de un desarrollo sostenible. Fue también un espacio de encuentro intergeneracional, donde las voces jóvenes tuvieron un protagonismo particular y ayudaron a traer nuevas miradas sobre el futuro. Este texto comparte algunas impresiones de esa experiencia y propone una reflexión desde América Latina para pensar el empleo, los sistemas de seguridad social y la gobernanza global de forma que garanticen una transición justa que proteja especialmente a los grupos más vulnerables.

1. ¿Por qué fue importante este encuentro?

La presidencia brasileña del G20 en 2024 marcó un hito en la historia del foro. No solo fue la primera vez que Brasil asumió este rol —convirtiéndose en el último miembro latinoamericano en hacerlo, tras México (2012) y Argentina (2018)—, sino que también lo hizo con una impronta clara: social, latinoamericana y profundamente anclada en las demandas del Sur Global.

Por tercer año consecutivo, el G20 fue liderado por un país en desarrollo. Y por primera vez, la troika —el mecanismo de continuidad entre presidencias— quedó conformada íntegramente por países del Sur: India, Brasil y Sudáfrica. Esta continuidad abrió una ventana histórica para posicionar en la agenda global los desafíos estructurales que enfrentan nuestras regiones.

Bajo el lema *“Construyendo un mundo justo y un planeta sostenible”*, Brasil definió tres prioridades centrales para su presidencia: combatir el hambre, la pobreza y la desigualdad; la sostenibilidad, cambio climático y transición justa; y la reforma de la gobernanza global. Para avanzar en estas metas, promovió nuevas iniciativas dentro del G20, como la Alianza Global contra el Hambre y la Pobreza y el grupo de Movilización Global contra el Cambio Climático.

Estas prioridades no surgieron al margen del debate internacional, sino que dialogan de manera directa con la Agenda 2030 y los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS), así como con el Pacto para el Futuro de las Naciones Unidas. A diez años de la adopción de los ODS, Brasil buscó reimpulsar su vigencia política y articularlos con compromisos multilaterales más ambiciosos. Esa voluntad de liderazgo también se proyecta hacia 2025 tras ser sede de la COP30, buscando consolidar su papel como actor clave en la agenda global de sostenibilidad.

Pero quizá otra de las novedades de su presidencia fue la creación de la Cumbre Social del G20, una instancia inédita de participación ciudadana que reunió a

más de 17.000 personas y 200 organizaciones de todo el mundo en Río de Janeiro. Durante tres días, se organizaron plenarios, debates públicos y más de 200 actividades autogestionadas que articularon a movimientos sociales, redes de conocimiento, juventudes y actores institucionales. El proceso incluyó mesas de trabajo y consultas abiertas a lo largo del año, y culminó con la Declaración Final: un documento colectivo con propuestas para una agenda global más justa e inclusiva.

La apertura a la participación social marcó un punto de inflexión en la forma de conducir el G20. Fue un gesto político que reflejó la convicción de que no hay soluciones sostenibles sin diálogo con quienes históricamente han sido excluidos de los espacios de decisión global.

2. Tres puntos para seguir pensando desde el Sur

La Cumbre Social del G20 abrió un abanico enorme de discusiones. Las agendas de actividades que tuvieron lugar en Río reflejaron la diversidad de voces, agendas y miradas que hoy atraviesan los debates globales. Entre tantas propuestas e intercambios, desde Red Sur decidimos detenernos en tres temas que, por distintos motivos, nos invitaron a pensar, sobre todo desde nuestra perspectiva regional: la creación de empleos de calidad para un desarrollo sostenible, el papel de la seguridad social en la transición justa, y la urgencia de construir un financiamiento que acompañe estas transformaciones.

Empleos para un futuro sostenible

Hace más de una década, el Banco Mundial advertía: *“el desarrollo ocurre a través del trabajo”*. En un mundo atravesado por desigualdades persistentes, ubicar al empleo en el centro de las estrategias de desarrollo se vuelve un elemento esencial para avanzar hacia los Objetivos de Desarrollo Sostenible.

Durante el G20 de 2024, y en línea con las prioridades definidas por la presidencia de Brasil, esta conexión entre empleo y desarrollo volvió a ocupar un lugar destacado. Bajo el lema “Construir un mundo justo y un planeta sostenible”, se colocó a la desigualdad como un eje transversal de la agenda global. En ese contexto, el empleo se reconoció como un componente central de una transición justa, capaz de articular sostenibilidad ambiental, inclusión social y trabajo digno. La Declaración de Líderes y de ministros de Trabajo reafirmó esa mirada al señalar que *“crear empleos de calidad y promover el trabajo decente son condiciones esenciales para avanzar hacia sociedades más justas, sin hambre ni pobreza”*.

Transformar esa visión del empleo como motor de inclusión y sostenibilidad en políticas concretas no es una tarea simple, especialmente en un contexto en el que las nuevas tecnologías, el cambio climático y las transiciones demográficas están reconfigurando aceleradamente los mercados laborales de todo el mundo. Si bien podemos pensar que estos cambios pueden abrir ventanas de oportunidad para crear nuevos empleos, mejorar la productividad y contribuir a modelos económicos más sostenibles, para que ese potencial se traduzca en impactos concretos, es fundamental impulsar políticas públicas contextualizadas, capaces de promover empleos de calidad que sean decentes, sostenibles, inclusivos y resilientes frente a los cambios en curso.

Pensar el futuro del trabajo desde esta perspectiva implica avanzar hacia una estrategia centrada a orientar la creación de empleos de calidad hacia sectores estratégicos que, en la raíz de estas transformaciones, se proyectan como cada vez más relevantes —como la Ciencia y la Tecnología, los empleos verdes o el trabajo de cuidados—, y al mismo tiempo acompañar ese crecimiento con políticas que reduzcan las brechas de género y faciliten la transición desde ocupaciones que hoy están en riesgo hacia empleos con mejores condiciones y mayores oportunidades.

Levantar la voz del Sur Global en estos debates es clave para dimensionar el desafío. Hoy, el 85% de la población mundial en edad de trabajar vive en países en desarrollo. Promover empleos de calidad en estos contextos no solo es una urgencia social, sino una condición estructural para avanzar hacia un desarrollo sostenible e inclusivo.

En muchos casos, las brechas en acceso a tecnología, formación o capacidades institucionales siguen limitando la posibilidad de traducir estos procesos en oportunidades reales. Cualquier debate internacional sobre el futuro del trabajo y el bienestar global debería asumir esta realidad y nutrirse de miradas más situadas, que reconozcan los contextos específicos. Solo así será posible avanzar hacia empleos de calidad para más personas, capaces de impulsar un desarrollo sostenible que no deje a nadie atrás.

Seguridad social para una transición justa

En un contexto global marcado por crisis superpuestas —climáticas, geopolíticas y económicas—, los sistemas de seguridad social emergen como mecanismos clave para construir resiliencia y alcanzar los ODS. Durante el G20 Social en Río de Janeiro, este tema adquirió especial relevancia al vincularse con prioridades centrales del G20.

En este escenario, el ODS 8 (Trabajo decente y crecimiento económico) adquiere especial relevancia. Como destacó el Employment Working Group (EWG) del G20, la formalización laboral se constituye como un pilar fundamental para avanzar hacia este objetivo, ya que no solo garantiza derechos básicos como salarios justos y jornadas reguladas, sino que también amplía la cobertura de seguridad social, especialmente en economías emergentes con alta informalidad, como las de América Latina. La formalización fortalece los sistemas de protección social al incrementar la base de cotizantes, un aspecto clave para financiar pensiones, seguros de desempleo y salud pública. Este enfoque está alineado con la Agenda de Trabajo Decente de la OIT, discutida en el EWG. El G20 destacó el papel de la tecnología como aliada en este proceso, proponiendo herramientas como los historiales laborales electrónicos para formalizar empleos atípicos, desde plataformas digitales hasta el teletrabajo. Brasil, por ejemplo, presentó su *Carteira de Trabalho Digital* como un modelo replicable en otros países.

Otro aspecto clave es la transición justa hacia empleos verdes y digitales, una prioridad del EWG. Para que este cambio no deje a nadie atrás, es esencial que los sistemas de seguridad social protejan a los trabajadores durante la reconversión laboral, evitando que caigan en la informalidad. En definitiva, la sinergia entre formalización laboral y seguridad social no solo es un motor para el ODS 8, sino también un paso indispensable hacia economías más inclusivas y sostenibles. El desafío ahora es escalar estas políticas en regiones donde el acceso a protección social sigue siendo una meta pendiente, transformándolo en un derecho universal.

Financiar la transición verde

Otro tema central es la necesidad de movilizar mayores recursos y establecer marcos de gobernanza democráticos en el uso de los mismos. Durante el G20 Social se mencionó la importancia de abordar de forma conjunta los desafíos que presentan las crisis climáticas y económicas actuales, entendiendo que la coyuntura global de crisis de deuda afecta a muchas economías emergentes, limitando la capacidad de direccionar fondos para proyectos ambientales.

En este sentido, resulta imperante aumentar la cooperación internacional entendiendo que el cuidado del medioambiente es un bien común, y que, al coordinar los esfuerzos por superar los contextos restrictivos de financiamiento ambiental actual, se podrían desarrollar mejores políticas. Entre los principales consensos del encuentro, se destacó la necesidad de estandarizar los mecanismos de acceso al financiamiento para proyectos medioambientales. Al tratarse de un evento que involucró a la sociedad civil, las discusiones se nutrieron de consideraciones académicas, políticas, y sociales. Este intercambio subraya los desafíos que la transición hacia economías más sostenibles requiere.

3. Juventudes por un futuro sostenible

Participar del G20 Social 2024 fue una oportunidad valiosa para escuchar de cerca una pluralidad de voces. Organizaciones de distintas regiones vinieron a dialogar, compartir experiencias y expresar sus prioridades, encontrando puntos en común más allá de las diferencias regionales. Como bien nos señaló una de las participantes de Brasil: *"Este evento fue clave para nosotros. Nos permitió tener voz en foros internacionales que no siempre consideran nuestras perspectivas. Pudimos llevar al debate una mirada más cercana a la realidad del día a día. Este espacio, además, dejó en claro que las juventudes no somos espectadoras: somos actores clave en la construcción de soluciones para los desafíos globales."*

El G20 Social se consolidó como un espacio especialmente propicio para conectar con redes de conocimiento de la región, gracias al nivel de participación de organizaciones de la sociedad civil, centros de investigación e instituciones académicas. Fue un puntapié para fortalecer lazos y construir nuevas conexiones, fundamentales para seguir pensando agendas comunes en un escenario global cada vez más interdependiente.

Uno de los aspectos más potentes del encuentro fue la presencia juvenil. Desde el inicio, muchas de las actividades estuvieron pensadas por y para jóvenes, con espacios abiertos para intercambiar ideas y encontrarse entre pares. Uno de los participantes de la Universidad de São Paulo, nos comentó: *"Democratizar el acceso a la participación juvenil es clave. Estar en el foro no solo nos permite involucrarnos, sino también ayudar a que más personas comprendan a Brasil en el contexto internacional. A menudo cuesta entender que también somos parte de la periferia y del Sur Global. Necesitamos más espacios para la sociedad civil, más voces que piensen en nuevos horizontes y en cómo generar un acceso real a estos debates."*

Durante los tres días del G20 Social, nos encontramos con jóvenes de distintos países y trayectorias. Algunos participaban por primera vez en una instancia internacional; otros, como una facilitadora del Grupo de Trabajo 3 del C20, llegaban con objetivos claros. En nuestro diálogo nos comentó: *"Mi rol es demostrar que la juventud debe ser parte activa de este proceso. Buscamos llevar recomendaciones concretas de política pública e integrarnos en mecanismos de participación local para canalizar las consultas de nuestras comunidades en los espacios internacionales. Pensamos desde lo local, pero con la mirada puesta en aportar a lo global."*

Más allá de las diferencias, muchas de las conversaciones terminaban en un punto en común: la necesidad de que estos espacios de diálogo se multipliquen y se sostengan en el tiempo.

4. Reflexiones finales

La Cumbre Social del G20, celebrada en Río de Janeiro en 2024, marcó un hito en la integración de voces diversas —especialmente del Sur Global— en los debates sobre desarrollo sostenible. Bajo el liderazgo de Brasil, el encuentro puso en primer plano la necesidad de abordar desafíos como la desigualdad, el cambio climático y la reforma de la gobernanza global con una mirada inclusiva, centrada en la justicia social.

Desde nuestra participación, decidimos detenernos en tres ejes que consideramos clave para pensar el futuro desde América Latina: la creación de empleos de calidad vinculados a la sostenibilidad, la ampliación de los sistemas de protección social para acompañar una transición justa, y el fortalecimiento del financiamiento internacional para hacer posible estas transformaciones.

La participación activa de jóvenes y organizaciones de la sociedad civil dejó en claro que construir soluciones duraderas requiere diálogo, escucha y

y cooperación entre todos los actores —incluidos aquellos que históricamente han sido marginados. La Cumbre no solo reafirmó la vigencia de la Agenda 2030, sino que también recordó la urgencia de avanzar con acciones concretas, especialmente en regiones atravesadas por altos niveles de informalidad, desigualdad y vulnerabilidad.

Para concluir, este encuentro fue una oportunidad para abrir el debate, tender puentes y sumar miradas. Avanzar hacia un futuro más justo y sostenible exige compromisos firmes, políticas transformadoras y, sobre todo, espacios donde todas las voces puedan ser parte del cambio.